

## EDITORIAL

LA CONSTRUCCIÓN DEL ENTORNO E INTEGRACIÓN SOCIAL:  
LOS DESAFÍOS DEL MILENIO

En “Tecnópolis”, una ciudad altamente tecnificada, existe una gran cantidad de población dependiendo de sus conexiones a internet, teléfonos celulares, televisión por cable, etc., desatando un fenómeno de diversificación de medios de comunicación y ubicuidad, pero a su vez este mismo abuso arrastra consigo “tecnofobia”, generando una aversión a la dependencia de los artefactos que son utilizados como instrumentos de transmisión.

En una breve revisión cronológica, se puede visualizar cómo los hechos han avanzado progresivamente en la historia, transformando también la velocidad de las comunicaciones:

En 1492 los Reyes Católicos se informan 6 meses más tarde del descubrimiento de América, 4 siglos después el gobierno británico se enteró del asesinato de Abraham Lincoln con 6 semanas de retraso, y en 1969 la humanidad sabe de la presencia del hombre en la luna con una diferencia de 1 segundo 3 décimas. En 1996, un montañista inglés asciende al Everest y envía una fotográfica satelital, que es publicada *ipso facto* por los tabloides británicos (Readers, 1979).

Esta velocidad de sucesión en que la información finalmente se entrega en tiempo real –la guerra del Golfo se diferenció de las anteriores por ello– pareciera demostrar que los medios han avanzado más rápidamente que, incluso, las relaciones humanas. Como caricatura, podemos apreciar la proliferación de ciber cafés en el contexto de nuestras ciudades y en barrios marginales, que solo demuestra la necesidad de estar conectados para escapar de contextos amenazados, pero no de estar produciendo una adecuada comunicación, acuñando el concepto de relatividad valórica.

Según un estudio reciente, el 16% de la población está hiperconectada, lo que significa que manejan la información en internet y están activamente conectados vía banda ancha, teléfonos móviles con cámara, mensajería instantánea, redes sociales, vídeos, etc. (Parks, 2008). Si se mantienen las tasas de crecimiento actual, se calcula estimativamente que en el 2012 habrá 1.800 millones de personas en red, lo que supondrá un incremento del 44%. Los países en los que más aumentarán la penetración de internet serán: China, Rusia, India y Brasil, las 4 economías emergentes más importantes del momento. En el África del Sur los indicadores serán negativos (Jupiter Research, 2008).

Dadas las cifras anteriores podemos comprobar que si bien la información existe y diariamente se genera en nuevas cantidades, ésta más bien se localiza y focaliza, y está muy por debajo de lo que podríamos pensar de acceso libre y masificado. Por tanto la

construcción del espacio social debería al menos plantear una propuesta más general y universal, para su validación.

Así y pese a todo, el siglo pasado será conocido como la era de las comunicaciones, los vínculos satelitales, la informática y la tecnología. Sin embargo los indicadores recientes nos hacen preguntarnos si efectivamente la comunicación podrá transformar la conducta social, sin transformar físicamente nuestro hábitat y los espacios en que nos desenvolvemos rutinariamente, para que de esta manera las personas experimenten cambios en su medio ambiente de comportamiento y donde se puede obtener la mayor respuesta conductual (Rapoport, 1997).

Si en el pasado se han experimentado todos estos logros, ¿Cómo pudiésemos ampliar el espectro de beneficios a la mayor cantidad de población posible?

Aventuramos aquí tres compromisos básicos que se quedaron aletargados en el siglo pasado y que son urgentes de reconfigurar para lograr una actitud proclive al desarrollo integrado:

Un primer compromiso espiritual, y aquí no hablamos de religión o de una deidad en específico, sino del reconocimiento de un ser supremo, tal vez tan necesariamente abstracto como aquel paralelepípedo inoxidable, de Stanley Kubrick, en “2001 Odissea en el espacio”, que nos haga meditar sobre nuestra verdadera posición y sentido en la Tierra. O sencillamente tan integrativo como la fe Bahai, que viene siendo como el esperanto de armonía, aglutinando varios principios religiosos en su unificación por una sociedad mundial. Todo ello para poder reconocer la necesidad intrínseca de que somos tribales y triviales, y nos debemos a un ser superior (Cartes, 2008).

En una sociedad centrada en el consumo y con su visión basada en un modelo económico exacerbado, que por primera vez se autoimpone un jaque global con la recesión mundial, se necesita en momentos de exigencia de referentes claros de equilibrio, renovando un compromiso básico para desestimular el exterminio de los recursos que todavía poseemos y que fundamentan el bienestar común.

Un segundo compromiso con el medio ambiente, que hoy juega un rol fundamental en las comunidades urbanas (por su abierta mayoría poblacional y la tasa de urbanización planetaria) y su capacidad de integración y reacción frente a contingencias que afectan los modos de vida actuales y de futuras generaciones. En nuestro contexto, existe grandes dilemas como la instalación de cinco hidroeléctricas en Aysén, o una más en altos del Bío-Bío, planteando el paradigma de la producción de energía –sin racionalizar todavía el consumo y las medidas de eficiencia energética– y en detrimento de la calidad de vida (Cartes, 2008).

Un tercer compromiso con nosotros mismos, por ser cada día mejores y superar las falencias más intrínsecas de la sociedad en que nos toca vivir. Por adoptar el acuerdo de ser ciudadanos integrales y contribuir a la comunidad en que estamos insertos. Por avanzar hacia el bien común y en donde la mayoría sea capaz de experimentar el desarrollo en todas sus dimensiones. Un ciudadano es mejor cuando participa, trabajando proactivamente, y fundamentando su contribución en el cooperativismo y corporativismo en equipos integrados, resolviendo el problema de escalas y beneficios. Y si bien es cierto que las comunidades urbanas han sido las catalizadoras de las crisis del

desarrollo versus los efectos, su nivel es aún precario en la conciencia nacional (Cartes, 2008). Si queremos ser líderes latinoamericanos indiscutidos, el modelo no puede estropear los recursos naturales. No se puede repetir la devastación de la Amazonía brasileña, justificando la construcción de hidroeléctricas y dilapidando recursos, porque la imagen país y la credibilidad de la nación no pudiese resultar más dañadas (Anholt, 2008). Lo que es peor, la estrategia nacional de manejo de cuencas y la estrategia nacional de biodiversidad, ambas de data reciente, no se validan como instrumentos porque las acciones sencillamente contradicen su práctica.

Todo esto nos lleva a proyectar un nuevo escenario, en donde el éxito y la cultura del “fenómeno y lo fenomenal”, deben ser sustituidas por la “cultura de lo esencial”, y de esta forma desarrollar aquello que nos compete ahora y que resulta ser clave para salvaguardar los valores de nuestra sociedad y entorno (Bourdieu, 2003).

Un factor es cierto: “la actitud de las personas cambia porque el ambiente que habitan se transforma positivamente”. Este fue uno de los hallazgos principales de las comunidades británicas, cuyo resultado basado en el conocimiento empírico decantó así en el mejor efecto sobre los habitantes, muy por encima de los instrumentos y las normas regulatorias, y después de varias décadas de intervención urbanas, remodelación de barrios y procesos participativos (Wates & Knewit, 1985).

En el año 2007, uno de los descubrimientos más importantes en materia de ciencia nos sitúa en una nueva perspectiva de aproximación al entendimiento del problema. Dos científicos comprueban que el contexto familiar determina el “Coeficiente Intelectual” y no los genes, como tradicionalmente se había argumentado. En general, el primogénito tiene más éxito porque recibe más atención y desarrolla el rol de tutor sobre sus hermanos, aumentando sus competencias y capacidades. Por lo tanto, esto coloca en relieve que el C.I. depende del entorno, porque obviamente éste interactúa con cerebros en formación. Aquí conseguimos una afirmación estratégica para la inteligencia social, que genera por ende respuesta social, con personas que serán capaces de introducir nuevas variables de cambio en los contextos del hábitat diario, por que los lugares en que se han desarrollado han sido capaces de introducir estímulos apropiados, con la evolución propia de su entorno (Kristensen & Bjerkedal, 2008).

Un “proyecto país” se consolida cuando contribuye a mejorar el entorno, enfocándose en la “cultura de lo esencial”, para provocar un compromiso actitudinal en quienes experimentan y aprecian las transformaciones en su medio ambiente de comportamiento.

Simple y acentuadamente efectivo: cuando los contextos se rediseñan positivamente, la conducta ciudadana mejora integrando sus habitantes a la cadena cívica y multiplicando progresivamente sus efectos. Si utilizamos las comunicaciones de manera consecuente para amplificar este objetivo de redes, los resultados y los habitantes se convierten en los mejores garantes del desarrollo.

## REFERENCIAS

- Anholt, S. (2008) “El nuevo frente que se le abre a HidroAysén” en Suplemento Reportajes, por Allard, P. La Tercera (Chile), 16 noviembre.

- Bourdieu, P. (2003) Capital cultural y espacio social, Siglo veintiuno, Argentina.
- Cartes, I (2008) "Hacia dónde va nuestro siglo?". Premios Municipales de Concepción, octubre. Discurso sin publicar.
- Jupiter Research (2008) en Micro Persuasion [www.psicofxp.com](http://www.psicofxp.com).
- Reader's, D. (1979) Historia del Hombre, Selecciones Reader's Digest, Iberia S. A.
- Kristensen, P. & Bjerkedal, T. 2008. "Explaining the relation between birth order and intelligence", Science 22, Vol 316, n° 5832.
- Rapoport, A. (1997) Aspectos humanos de la forma urbana, Wheaton & Co, Exeter.
- Wates, N. & Knewit, C. (1985) Community architecture, Penguin Books, Londres.

DR. IVÁN CARTES

Decano

Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño,

Universidad del Bío-Bío - Chile

Premio Municipal de Concepción 2008